

propenden á elevar al hombre y á espiritualizar su pensamiento! La Grecia civilizada y sabia conduce á Socrates al suplicio, porque desprecia sus groseras supersticiones; y esta misma Grecia coronada de flores, degüella cantando victimas humanas, y puebla sus tierras de altares infames.

El vasallage á los sentidos produce siempre una oposicion directa con las verdades morales é intelectuales, y esta debe suponerse ser la causa, con exclusion de toda otra, del odio mortal, declarado al Cristianismo por ciertos individuos, y ciertos pueblos. El combate eterno, el combate á muerte contra el espíritu de la carne y los sentidos, es el medio de que la Religion se vale, para que se sometan estos á la razon, ya penetrada, iluminada y divinizada por ella misma; pues que tanto en sus preceptos, como en sus dogmas no es otra cosa la Religion, sino la manifestacion de todas las verdades útiles al hombre.

En la época, en que se dejó ver el Cristianismo sobre la tierra, no vivian los hombres, por decirlo así, mas que por los sentidos. Reducido el culto á un vano simulacro, no tenia relacion con ninguna creencia. Conservábase por hábito, y á causa de sus pompas en las fiestas, y sobre todo, porque influia en las instituciones del Estado: por lo demas la Religion, en si misma, no inspiraba ni fe ni veneracion. Los sabios y los grandes la dejaban con desprecio al pueblo, quien, acaso menos corrompido, deseaba, que los vicios por él adorados bajo falsos nombres, ofrecieran, á lo menos en sus emblemas, algo de divino. Se puede asegurar, desde luego, que no habia otra religion, que el deleite, y que las sectas mas severas en su origen degeneraban pronto de la austeridad fingida, y vinieron por tanto á identificarse la virtud y el placer, por un trastorno de ideas que se dejó ver aun en el lenguaje.

Segun estas observaciones, puede formarse juicio de la buena fe de ciertos escritores, que pensaron haberse establecido el Cristianismo naturalmente. No tuvo él en efecto nada que vencer, sino los intereses, las pasiones y las opiniones. Viósele de repente, armado con una cruz de madera, penetrar por entre los hombres embriagados de alegría, por entre las religiones disolutas; entre un mundo, envejecido en la corrupcion. A las fiestas brillantes del paganismo, á las graciosas imágenes de una encantadora mitología, á la plácida licencia de la moral filosófica, y á todas las seducciones de las artes y de los placeres, opone este Cristianismo las lúgubres pompas del dolor; graves, tétricas ceremonias, los gemidos de la penitencia, las mas terribles amenazas, misterios asombrosos, el fausto de la pobreza, el saco, la ceniza y todos los símbolos de un desprendimiento absoluto, y de una consternacion profunda. Esto

y nada mas fué lo que vió el universo pagano en el Cristianismo. Al momento las pasiones atacan con furor al enemigo que se presenta, disputándoles el imperio. Los pueblos de tropel se alistán bajo sus banderas, para oponérsele; la codicia conduce á los sacerdotes de los idolos; el orgullo impele á los sabios, y á los emperadores la política. Comienza entonces una guerra espantosa: y sin miramiento ni á la edad ni al sexo; en las plazas públicas, en los caminos, en los campos y aun en los parages desiertos, se colocan monumentos de tortura; caballetes, hogueras, catalsos, y aun se mezcla la matanza en los mismos juegos: por todas partes se agolpan las gentes, para divertirse viendo agonizar y morir á los inocentes degollados.... y se deja oír el grito bárbaro: *Los cristianos, á los leones*, y al oirlo salta de gozo la multitud embriagada de sangre. En estos horribles holocaustos, que desean ofrecer á sus divinidades

espirantes, cada cual debe hacer eleccion de sus víctimas; y una crueldad estudiada, inventa suplicios nuevos, aun para el mismo pudor. Los verdugos, al fin cansados se paran, y el hacha se les cae de las manos; no se sabe que virtud celeste emanada de la cruz, comienza á llamarlos al fondo de sus almas, y á ejemplo de las naciones subyugadas, prosternadas en su presencia, caen ellos mismos postrados á los pies del Cristianismo, quien, por premio de su arrepentimiento, les promete la inmortalidad, prodigándoles desde luego, la esperanza. El signo sagrado de paz y salvacion, el estandarte glorioso tremola ya desde lejos, enarbolado sobre los hacinados escombros del paganismo asolado. Los Césares envidiosos, se conjuran para destruirle y al mismo tiempo se le ve sentado en el trono de los Césares. Si se pregunta, como salió vencedor el Cristianismo contra un poder tan altamente grande se dirá: Fué presentando el pe-

cho á la penetrante espada, y á las pesadas cadenas, las manos inermes. ¿Pero cómo prevaleció victorioso contra tan desenfrenado furor? Entregándose sin resistencia en poder de sus enemigos encarnizados.

Los primeros asaltos que debió sostener, fueron los de una violencia ciega. Sin duda, Dios lo disponia de este modo, porque sabia, que el espectáculo de la constancia y del ánimo de los mártires era quien debia por sí solo admirar y convencer á los hombres, tan dominados por los sentidos.

Ademas, el Cristianismo tan recién nacido, apenas podia disipar las nubes aglomeradas sobre el espíritu del hombre, y menos aun familiarizarle con las elevadas consideraciones de una metafísica severa, y de una teología, toda del espíritu. Esta doctrina, demasiado superior á las ideas de los paganos, ideas á que se hallaban habituados, y por lo tanto, que les impedian comprenderla en su totalidad, así como el penetrarla hasta

su fondo , no podia ser para ellos materia de la que pudiesen hacer un rigido exámen, ni una discusion metódica. Era indispensable que el Cristianismo se rectificase por grados, que ilustrára la razon del hombre, para que se hiciese capaz de combatir, sin envilecerse hasta el extremo, por la ineptitud de sus sofismas. Es innegable, que Celso suscitó cuestiones de grande importancia. En los fragmentos que de sus escritos conservamos, hay, en medio de una multitud de opiniones absurdas, y de pensamientos extravagantes, un gérmen de argumentos contra el fundamento de la fe, que reprodujo despues Rousseau con mas destreza. Pero la inmensa superioridad de este, las sublimes ideas de Dios, de su providencia y su justicia; de nuestra naturaleza, nuestros deberes y destinos, que el autor del Emilio mezcla con sus errores, (siendo como efectivamente son tales ideas, desconocidas á los antiguos, pues que son

enteramente cristianas,) demuestran la mucho que el Cristianismo hizo progresar al espíritu humano, con respecto al sofista ginebrino durante los siglos que separan á los primeros adversarios, declarados contra nuestra doctrina. Así es que, dificultades y soluciones, luz y obscuridad, todo está previsto, dispuesto anticipadamente con sabiduría profunda; todo se desenvuelve progresivamente, y al tiempo preciso en que conviene que se desenvuelva, y siempre, para que sea el triunfo de la verdad tanto mas glorioso, cuanto que parecia mas difícil.

Segun que la inteligencia se perfecciona, y extiende, meditando las verdades intelectuales, enseñadas por la Religion á sus hijos, en el estado de la infancia, lo mismo que á los hombres del talento mas grande, ella patroniza la causa de las pasiones, se declara su aliada, y probando sus fuerzas contra las verdades que se las infundieron,

se disputa á sí misma el pan que le da la vida. Entonces las verdades nuevas, atacadas igualmente y en seguida, acuden á la defensa de aquellas que una razon hostil puso en peligro. Cada dogma es el motivo de una heregia particular, porque cada uno de ellos debe probarse para establecerse. Multiplicanse las pruebas, á causa de las objeciones, y el Cristianismo se descubre por entero (*).

Pero la persecucion de los sentidos sucede á la de los sofismas; queda intacta la fe y sin embargo se depravan las costumbres. Estos cristianos tan austeros, seducidos por el deleite, se dan á desórdenes, cuyos nombres jamás debieron haber sabido. La licencia se avanza hasta el santuario; el altar y el sacrificio están profanados por manos indignas. ¿Qué podrá venir á ser el Cristianismo, profanado de este modo? De repente un principio vivificante, excita en esta ma-

(* *Improbatio quippe hæreticorum facit eminere, quid Ecclesia sentiat, et quid habeat sana doctrina. S. AUG., Conf., lib. VII. cap. 19, n. 2.*

sa corrompida una saludable fermentacion; todo se cambia, todo se renueva; apóstoles, inflamados de un celo divino, hacen correr lágrimas de penitencia; el orden renace con la santa disciplina, por todas partes se levantan y reflorecen las desfallecidas virtudes; los prodigios de caridad, los milagros de amor pasman de nuevo la tierra consolada, el espíritu triunfó segunda vez de la carne, y vuelve la Iglesia á encontrar sus hijos.

No hay que gloriarse, sin embargo, de que sea durable esta paz; apenas algunas treguas, efectos del cansancio, interrumpen el combate del error contra la verdad, cuyo poder no alcanzaba á destruir efectivamente la fuerza opuesta por la voluntad pervertida. En el seno mismo de la luz el hombre es libre; no porque pueda equivocarse, sino porque puede rebelarse; no porque pueda dejar de ver, sino porque puede negar lo mismo que ve; libertad fatal,

que puesta en uso con frecuencia, viene á ser para el hombre pensador, la prueba menos equívoca del vicio original de nuestra naturaleza, y todo reunido la explicacion de las pruebas, á que han sometido la Religion desde su origen. Agitada sin cesar por alguna tempestad llega como el hombre á su destino, que es el de no gozar jamás aquí bajo de un descanso verdadero. El orgullo, la licencia, la avaricia, todas las pasiones, reunidas contra ella, á cada paso le suscitan nuevas guerras, que le preparan nuevos triunfos: ¡ Fuerza pasmosa de la sociedad cristiana! La heregía, ya flexible, ya insolente toma todas las formas, se cubre con todas las máscaras, se deja ver en todos sentidos para combatir sus dogmas, y la Iglesia, constantemente invariable por su doctrina ve rendir el último aliento á las sectas todas, una en pos de otra, y á sus mismos pies; el espíritu de independencía, ó de ambición por dominar, excita en su propio seno divisiones, acompaña-

das muchas veces de cismas lastimosos; pero al momento, de sus entrañas destrozadas, y siempre fecundas, salen de tropel nuevos hijos, que la consuelan en la pérdida de los otros: principes envidiosos atentan contra sus leyes, y trabajan, por confundir su divina gerarquía; mas á pesar de sus violencias y astucias, su gobierno, consolidado por los mismos golpes que debían derribarle, subsiste inalterable, y se perpetua de siglo en siglo, en medio de los trastornos y ruinas de los gobiernos humanos: tal como los antiguos monumentos del Egipto, cuando el Arabe vagamundo que, plantó su tienda al abrigo de aquella masa inmóvil, y que se resuelve á partir la mañana siguiente, afanándose por destruirla, dislocando algunas piedras, desaparece después entre las vastas soledades, fastidiado de lo infructuoso de su trabajo.

Pero ahora se verán el Cristianismo y el mundo moral atacados por su misma base. Se ha reco-

nocido que la Iglesia y todos sus dogmas reposan sobre la autoridad, como sobre una roca inexpugnable. Los sectarios entonces, divididos en todo, se coligan para minar el fundamento de todas las verdades. En el primer momento es el grito de guerra: *La reforma*; luego lo será la filosofía. Oyelos y te dirán que ya vienen á librar la tierra de los abusos introducidos por el tiempo, ú las pasiones, y á curar al espíritu humano de las preocupaciones que le obscurecen. Armados, bajo un pretexto tan seductor, multiplican sin término las destrucciones; la supremacía del gefe de la Iglesia, el obispado, el órden pastoral, los sacramentos, el culto y sus santas pompas, nada se libra de la osadía de su celo reformador. Mutilando á porfía la fe, y apresurándose de cierto modo, para librarse del tormento de creer y obedecer, proclaman con rapidez en sus efimeros símbolos, la total abolicion de todos los dogmas religiosos y sociales. Luteranos, Soci-

nianos, Deistas, Ateistas, con diversos nombres que indican las formas sucesivas de una misma doctrina, prosiguen con una perseverancia infatigable su plan de ataque contra la autoridad. Niegan los misterios del Cristianismo; niegan su moral; niegan á su Autor; «niegan á Dios, se niegan á si mismos. Aquí dá fin la razon humana.»⁽¹⁾

Yo no he diseñado al presente mas que el delirio de sus opiniones; pero su loca rabia, ¿quién la pintará? ¿Quién contará sus esfuerzos impíos y sus negras maquinaciones? ¡Insensatos! En vano atacan una Religion, contra la que no es dado al hombre prevalecer: ella levanta su cabeza coronada de resplandores, mientras que ellos precipitados de abismo en abismo, corriendo por todos los grados del error, sin poder fijarse en alguno, agobiados bajo el peso vengador de las verdades de que blasfeman, caen, se abis-

(1) *Ensayo analítico sobre las leyes del orden social.* por M. de Bonald.

man en el tenebroso golfo de la indiferencia, dó el crimen brutalmente tranquilo, se duerme entre los brazos del deleite, postrado ante el idolo espantoso de la nada.

Tal es el término deplorable, á que necesariamente conduce toda filosofia sin regla, que, en lugar de dejarse conducir por un guía superior, que es la razon divina en sí misma, se esfuerza en substituirle la razon humana, haciéndola base de la fe, y acabando por no creer nada, por negarlo todo; porque nada puede comprender, y nada quiere hacer.

Uno de aquellos hombres que ven á lo lejos; porque saben elevarse hasta grande altura, Bossuet, observando que ya se habian atacado sin éxito alguno, todos los dogmas, pronosticaba, hace mas de un siglo, lo que presenciarnos cumplido. Espiritus débiles, que, testigos de los efectos; ocultais vuestra equivocacion en reconocer su verdadera causa, oíd las pala-

bras proféticas del orador cristiano. « Yo pre-
» veo que los libertinos, y los espíritus fuertes
» podrán desacreditarse, no por algun horror
» que se conciba á sus sentimientos; sino porque
» todo quedará en la indiferencia, excepto los
» placeres y los negocios (*). » Lo habeis enten-
dido; mirad en torno de vosotros, y responded.
¿ Qué percibís por todas partes mas que una
indiferencia profunda sobre los deberes y cre-
encias, y un amor desenfrenado á los place-
res, al oro, por cuyo medio nada hay difícil de
lograr? Todo se compra; porque todo se vende,
conciencia, honor, religion, opiniones, digni-
dades, poder, consideracion, y hasta el respeto
mismo; ¡ naufragio espantoso de todas las vir-
tudes!

La total extincion del sentido moral no con-
siente ni aun el interesarse por el error espe-
culativo; se le abandona por lo que es; lo mismo

(* Sermon para el segundo domingo del Advento.)

sucede con la verdad, que nadie piensa en ella, ni se toma trabajo por buscarla: no pudiendo aniquilar el libro de la naturaleza, que se abre magníficamente y á vista de todos, se ha cuidado con esmero borrar el nombre de Dios, y, apresurándose á pasar las páginas que recuerdan al Criador, se leen con atencion las que nos enseñan las propiedades de los cuerpos, y los goces que de ellos se pueden haber.

Nótese, con todo, qué camino tan largo ha sido forzoso andar, para llegar á los últimos excesos que acaban de trazarse. La razon orgullosa desalojada sucesivamente de todos los puestos que ocupaba, no queriendo ni aun conocer, sino aniquilar y crear segun sus caprichos y el interés de sus pasiones, se refugia ya en una, ya en otra ruina; siempre perseguida por la verdad, que, sin permitirle respirar, está continuamente apresurándola. Recha-

zada hasta los límites del mundo intelectual, no quedándole otro asilo que el ateismo, se precipita en él ciegamente, para esconder entre sus tinieblas, la humillacion de su derrota. En ellas comienza su nuevo suplicio; para asegurar este asilo comprado á tanta costa, es necesario destruir todavia mas: nada le queda por destruir sino á sí misma. ¿Qué hará ella pues en tan desesperada situacion? ¿Qué resolución podrá tomar? Ella tiembla, pero no duda, el orgullo la enagena, y el sacrificio se consume.

Entonces la calma y el silencio de la muerte suceden á la fiebre y agitacion, tristes pero ciertos indicios de la vida. Nada de disputas, ya no se oyen quejas; se diria que hay una paz perfecta, si hay paz; pero es la paz lúgubre, paz dolorosa, paz, mil veces mas destructora que la guerra que le precedió.

Desengañada de sus mismos sueños; no atre-

viéndose á reproducir sus sofismas, tantas veces refutados, y no pudiendo tampoco inventar otros nuevos, pues que no hay mas que un número de objeciones posibles contra las mismas verdades; irritándose ya la filosofía á vista de su impotencia, debe cesar de discurrir, por mas que se crea tan cargada de razon. Ella no dice sino esto: Oid mis pruebas, yo no quiero escuchar las vuestras. Despues de varias é infructuosas tentativas, no habiendo podido abrir la menor brecha al Cristianismo, ella le declara indigno de sus ataques, y aun de su examen. Llegada ya la razon al fondo del abismo, desprecia, y demasiado escarmentada para no hacer frente á la evidencia que resultaria de una séria discusion, responde con frialdad á cuanto se le pueda decir: ¿Qué me importa todo eso? Y vuelve la espalda, sonriéndose con desprecio.

El ateísmo decia Leibnitz será la última de

las heregias, y en efecto, la indiferencia que va en pos de ella, no es una cosa que se pueda llamar doctrina, porque los sectarios legítimos del indiferentismo ni afirman cosa alguna ni niegan tampoco nada, y esto aun nollega á ser una verdadera duda; porque, siendo la duda una suspension entre dos probabilidades, supone un examen anticipado; es, sí, una ignorancia por sistema, un sueño voluntario del alma, que apura sus fuerzas en resistir á sus mismos pensamientos, y en luchar contra recuerdos importunos; es un adormecimiento universal de las facultades morales, una privacion absoluta de ideas, en lo que el hombre debe tener mas interés de conocer. Tal es á lo menos lo que el discurso puede ofrecernos, sobre lo que no ofrece nada, que no sea vago, indeciso y negativo; tal es el monstruo inmundo y estéril, que se llama indiferencia. Todas las teorías filosóficas, todas las doctrinas de la impiedad se han refundido

y desaparecido ocultas en este sistema devastador, verdadera tumba del entendimiento humano á la que descende la inteligencia del hombre, sola, desnuda, tan abandonada del error como de la verdad; sepulcro vacío, donde ni aun huesos se ven.

De esta fatal disposicion, que casi ha venido á ser universal, ha resultado, lo que se llama tolerancia, nuevo género de persecucion y de prueba, última sin duda, que al Cristianismo le faltaba que sufrir (1). En vano una filosofia hipócrita hace resonar á lo lejos las palabras seductoras, moderacion, indulgencia, apoyo mutuo de la paz; la pérfida miel de sus labios disfraza mal lo amargo de los sentimientos que alimenta su corazon. ¡Extraña moderacion en efecto, y to-

(1) La que nos está vaticinada para el fin de los siglos será, en cierto modo, una guerra personal *del hombre del pecado* contra Dios, y el estado al que caminamos, es uno de los signos, en los que se reconocerá esta última guerra, anunciada por Jesu-Cristo: *Creeis vosotros, que cuando yo venga, halle yo aun fe en la terra?* LUC, XVIII, 8.

lerancia aun mas extraña! Se ha dicho, que la sabiduría aconseja alguna vez tolerar por el momento ciertos errores; pero, tolerar la verdad, ¿qué es, sino una pretension insolente y sacrilega, una sediciosa protesta contra la soberanía que le pertenece en el mundo moral; una confesion implícita de la impotencia que hay para destruirla? ¡Quién habrá oido hablar antes de este siglo de luces, de tolerar la inmortalidad del alma, la vida futura, el castigo del crimen, y el premio de las virtudes; de tolerar á Dios! ¿A qué, pues, se reduce esta tolerancia? ¿Considerése el estado de la Religion: no se la proscribire, pero se la esclaviza, no degüellan á sus ministros, pero se los degrada, para encadenar mejor el ministerio. El envilecimiento es el arma con que se la combate. Prodigásele el desprecio, el abandono ultrajante, y aun la mas grande injuria prestándole una proteccion insultante. Algun dinero, envidiado por la avaricia que

lo da á la miseria que lo recibe; honores derisorios, trabas sin número, leyes opresivas, disgustos repetidos, y cadenas : he aqui los magníficos dones de que casi todos los gobiernos no se cansan de colmarla. Instruidos por la experiencia, ya no se atreven á ensayar el pasarse sin ellos, pero un sentimiento mas fuerte que la voz de la experiencia los conduce á demoler con una mano lo que con la otra edifican. Aun el interés, el interés por lo comun tan poderoso, no tiene bastante poder para obligarlos á disimular el odio secreto que les inspiran las creencias, que son su misma salvaguardia. Convencida la alta política de nuestros dias, bien á su pesar, de la necesidad de unir la tierra al cielo, y el hombre á su Autor, va en busca del Ser soberano al fondo del santuario, donde se le adora, le viste de retazos de púrpura, y con un cetro de caña en la mano, una corona de espinas, le pone de manifesto al pueblo diciendo : ¡Ve ahí tu Dios!

¿Se debe admirar, que la Religion humillada de este modo, y deshonrada no reciba mas que indiferencia? Despues de mil y ochocientos años de combates y de triunfos, el Cristianismo experimenta por fin la suerte misma que su fundador. Citado, para decirlo así, á comparecer, no ante un proconsul, sino delante del género humano entero, se le pregunta *¿Eres tú rey?* ¿Es verdad, segun se te acusa, que tú pretendes ser nuestro rey? *Tú mismo eres quien lo dice* responde él: sí, *yo soy rey* : yo reino sobre los entendimientos, iluminándolos; sobre los corazones, arreglando sus movimientos, y aun deseos; yo reino en la sociedad colmándola de beneficios. Estaba sepultado el mundo en las tinieblas del error, *yo he venido á traerle la verdad*; este es mi título : *él que ama la verdad me oye*. Pero ya esta palabra carece de sentido para una razon pervertida; es necesario explicársela : *¿Qué es VERDAD?* pregunta el juez, distraido y estúpido, y *se sale*, sin